

Por Sabrina Carrasco

Es una mañana de sábado muy calurosa. Pero en esta esquina de City Bell, en la casa rabiosamente amarilla, rodeada de árboles, el sofocón deja entrar una brisa fresca.

Dos adolescentes cortan el pasto; dos nenas se componen la ropa, con accesorios incluidos, esperando las visitas; y los dueños de casa, Claudia Bernazza y Enrique Spinetta, reciben a *La Tecla*, con datos y anécdotas que pintan cómo es la función de guarda, que desde hace muchos años llevan adelante.

"Ahora somos pocos, pero cuando nos mudamos, en el '93, teníamos 17 chicos", comenta la diputada nacional del FpV. Es la primera vez que abren las puertas a un medio periodístico. "No queríamos que se confundiera esto con mi desempeño político, que se pensara que yo lo utilizaba para fines electorales o políticos", aclara.

"Pero entendimos que, en algún punto,

La guarda se aplica cuando todas las demás instancias fallaron, y para evitar la internación. Es ad honorem

darlo a conocer es también mostrar lo bueno y lo necesario que es realizar este tipo de asistencia, para los chicos, para sus padres, y para nosotros", remarca Bernazza.

La charla comienza por lo más simple, el significado de la función de guarda.

"Esta es una figura legal que permite a los jueces, en momentos donde la familia está con problemas para su constitución, y sobre todo cuando los chicos empiezan a tomar la calle, no ingresarlos en los circuitos de la internación, sino en un ámbito que los sigue vinculando a su grupo familiar", relata Bernazza.

¿Y cuál es el rol que ustedes ocupan?

-Somos como la figura de la madrina y el padrino que contemplaba la Iglesia católica, personas que acompañan o apoyan a los chicos cuando hay problemas familiares, pero que buscan a la vez volver a vincularlos; nosotros estamos permanentemente en contacto con sus familias de origen, los chicos tienen su identidad, sus

CLAUDIA BERNAZZA

"Somos los padrinos que ayudan a criar a los chicos"

Claudia Bernazza es conocida como diputada nacional del FpV y como ex funcionaria de Felipe Solá en la Provincia. Pero poco se sabe de su tarea más antigua, y persistente. Por primera vez, acompañada por su pareja, Enrique Spinetta, cuenta cómo es ser una "familia guardadora"



Fin de semana en familia

En la casa hoy conviven ocho personas, pero el número se multiplica con las visitas de antiguos moradores, que a veces llegan acompañados por sus flamantes familias.

Los chicos de la Casa Amarilla

"El primer caso fue un chico. Su mamá, que era misionera, tiene una nueva pareja en Capital y decide volverse a Misiones, con su nene de diez años y su bebé. Cuando están saliendo en el tren, el chico salta y se queda merodeando en Retiro. Entonces, a través de la Casa del Niño en Berazategui, se concibe el caso. Nosotros vivíamos allí y lo llevamos a nuestra casa. Colaboramos con la búsqueda de la mamá, la pudimos ubicar y acompañamos al nene en todo el proceso, porque se había criado en Capital y era una cosa muy dura irse a otra provincia. Entonces fuimos a Misiones con él. Para mí, el encuentro de él y su mamá, prácticamente un año después, es uno de los recuerdos más maravillosos de esto que hago.

-¿Y él aceptó volver?

-Lo conversaron mucho y aceptó. Hoy es guía turístico de allá. Y lo vemos siempre cuando hace excursiones y viene a Capital y nos viene a visitar.

-¿Pesa en esto la decisión del niño, teniendo en cuenta que es menor?

-Bueno, él la decisión la tomó cuando saltó del tren, y no pidió permiso a

ningún juez (sonríe).

-¿Los primeros casos se dieron en Berazategui?

-Sí, porque con Quique somos de La Plata, pero en el año '83, que nos recibimos de maestros, nos fuimos a trabajar como docentes a Berazategui, y vivimos 10 años allí.

-¿Y cuál fue el siguiente ejemplo?

-Fueron tres hermanos que habían sido detectados por la Municipalidad. Eran chicos que buscaban en la basura, su mamá había venido de Bolivia y tenía muchas dificultades para hacerse de un lugar; estaba muy quebrada la situación, se había separado de su pareja. La acompañamos, entonces, en la primera etapa de crianza de sus chicos: son éstos (se pone de pie y va hacia la pared central de la habitación, allí están, con varios años menos, dos varones, sonrientes, y una adolescente con mirada tímida). Yo le hice una poesía a uno de ellos, porque era un vago, nos llamaban de la escuela que estaban subido al techo y no lo podían bajar; un rebelde. Ellos pudieron rearmar sus vínculos y establecer, además, sus propias familias.

nombres, conocen su historia, e incluso pueden procesar esa historia, comprender que no es que hubo una mamá o papá que no los quiso, sino que hubo problemas.

ES- Y eso también tiene que ver con hacer una lectura política y crítica de la sociedad en la que viven, comprender que el cuadro familiar en el que ellos se desarrollaron no es una casualidad, que vivimos en un sistema injusto, que hay que cambiar. Leer su propia historia los ayuda a recuperar su estima, sus lazos familiares; por eso hay un permanente vínculo entre la familia guardadora y la de origen.

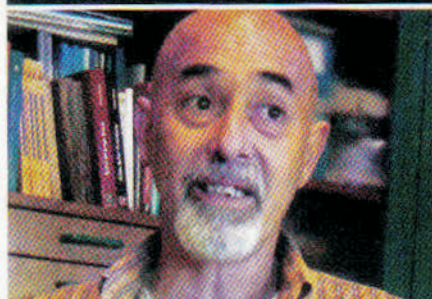
-No se reemplazan figuras.

CB -Exacto, esa idea es clave porque, en general, en la adopción suele empezar a haber una suerte de competencia entre la familia de origen o la adoptante con la negación de la identidad de los chicos.

En nuestro caso, éramos maestros en un barrio muy humilde de Berazategui, y allí, a través de la tarea de muchas trabajadoras sociales de la zona, nos enterábamos de los



"La guarda ayuda a que los chicos vuelvan con sus familias; a veces en forma domiciliaria, otras de forma afectiva"



"Si hacés un estudio de la injusticia en el país, los padres seguramente estuvieron en la calle, como sus hijos, que cuidamos"

casos de chicos en la calle; entonces dábamos aviso al juez. Otras veces, los jueces, que conocían esta opción nuestra, nos comunicaban algún caso, y finalmente hacían el acta de guarda.

-¿Y cómo se establece la intensidad del vínculo, siendo que no se da en el contexto tradicional de una familia?

-Eso lo definen los chicos, porque ellos te maternizan, o no. Buscan más al padre o a la madre en la medida en que lo necesitan. Hay chicos que han pasado meses acá. Después los seguimos viendo, porque queda el cariño, queda un afecto enorme. Como el caso de C, que es guía turístico y cada vez que pasa por Buenos Aires nos viene a visitar, y de pronto estuvo diez meses o un año con nosotros, nada más.

-¿Y la relación que ustedes establecen con los padres, cómo la trabajan?

-Lo que pasa es que venimos de una lógica tan de mercado, que se ve en el concepto de adopción, que siempre parece que las relaciones con los padres de los chicos tienen que ser de competencia, cuando en

En Berazategui tienen la Casa del Niño Rucalhué (200 chicos) y la Escuela de Líderes juveniles Ilihué (40 jóvenes)

realidad los amores se suman. Porque la figura de adopción tiene que ser una figura basada en la solidaridad, no con una mamá que no supo criar y entonces, por eso, se adopta a los chicos. No es así. Hubo un quiebre en esa familia que muchas veces no dependió de la propia familia. Por supuesto que también hay casos patológicos, y eso lo determinará el juez, pero no son la mayoría.

ES -Con los padres somos unidos; cuando ellos ven que no hay competencia, se suman.

CB -Por eso la figura de la guarda es tan piola, porque habla de proteger, cuidar, ayudar a armar.

La entrevista, más extensa de lo que se puede contener en un par de hojas, concluye con la familia, con nietas incluidas, buscando el rincón ideal de la casa para la foto. Gana la mesa de campo, quizás por el aroma a asado que ya empieza a sentirse. Es mediodía. ■